

Toda una fortuna invertida en la revolución

"MI MAYOR ORGULLO ES SABERME EN QUIEBRA"

—José M. Alemán, hijo

Texto y foto de F. VERGARA Jr.

ERAN los clásicos mastines babeando sobre sus talones: Carratalá—que tenía apellido de dulce de guayaba y corazón agrio como tamarindo—, Martín Pérez, Ventura... Tenía que huir, como otros muchos, para salvar la vida.

José Manuel Alemán, hijo, era una figura imperceptible agazapada entre las altas hierbas que circundan las pistas de aterrizaje del Aeropuerto de Rancho Boyeros. La fría brisa de la noche se ensañaba sobre la leve camiseta veraniega con que había podido escapar de su residencia, que ahora estaba siendo oradada por el plomo abundante e inmisericorde de la policía. Su

Verdaguer radiaba a la torre de controles el despegue inminente de su nave, la portezuela del compartimiento atestada de bultos y paquetes, se abría para recibir una carga inesperada: José Manuel Alemán, hijo, se acomodaba entre los fardos. Poco después se sentía elevado por los aires.

Se iniciaba así un exilio de año y medio para el joven heredero de una de las mayores fortunas que cubano alguno haya logrado atesorar. Muchos, en su lugar, tras vivir tantos momentos amargos en su propia patria y con la cuenta bancaria tan singularmente robusta,

imagen: allí, en el pavimento, sobre un charco de sangre que había colmado su rolliza humanidad de activo mocetón, yacía el yerto cadáver del valiente José Antonio Echevarría, su compañero de filas, de "Manzanita", su amigo, su hermano casi. José Manuel Alemán, hijo, desertaba del Directorio Revolucionario. Tenía la conciencia de que aquellas ingentes demostraciones de valor lo conducirían irremi-

para unirse al grupo de valientes—comandados por Menelao Mora—que integraban la operación suicida. Pero hasta él nunca llegó el aviso de la partida. Sus propios compañeros lo habían decidido: Alemán hacía más falta sufragando empresas revolucionarias que presionando el gatillo de las carabinas. El 14 de marzo de 1957, en Miami, José Manuel Alemán, Jr., todavía lloraba bajo los efectos de aque-



Desde su despacho, en las oficinas de una línea de transporte aéreo que le fuera confiscada por el batistato tras del funesto madrugonazo del 10 de marzo, José Manuel Alemán, hijo comunica a todos sus compañeros su presencia en el país.

fuga del país—una de las más sensacionales que se hayan registrado— estaba a punto de producirse.

Por la pista alledaña ya se acercaba el bimotor, tripulado por el capitán Roberto Verdaguer, que debía conducir a Miami una carga de mercancías y algún correo. Mientras la nave se alejaba hacia el extremo de la pista, donde debía calentar sus motores para desde allí levantar el vuelo, el joven Alemán se arrastraba por entre las hierbas siguiendo el lento curso del aparato. El avión se detenía y daba la vuelta. Los motores rugían ahora más que nunca. Había llegado el momento: mientras que el piloto

hubieran planeado un viaje a la Riviera francesa o se hubieran entregado a cualquiera otra delicadeza de la vida muelle. Pero ése no era el ideal de José Manuel Alemán, hijo. Desafortunadamente para el tiranuelo Batista, aquella inmensa fortuna—no tan vasta, claro, como la que él lograra procurarse durante su larga y sangrienta hegemonía— iba a ser dedicada íntegramente a causarle constantes dolores de cabeza, a corroer, poco a poco, los cimientos de su impopular régimen.

Su calidad de militante del Directorio Revolucionario se había quebrado ante aquella macabra

siblemente a un fin infructuoso como el que había tocado a su inseparable compañero. El tenía que hacer más. El estaba en condiciones de hacer más, mucho más.

De milagro el frustrado asalto al Palacio Presidencial—el 13 de marzo de 1957— lo encontraba en el extranjero. Empresa que el propio Alemán había costado en gran parte, ésta no le vio entre sus filas de malogrados combatientes debido a una fraternal broma que le salvó la vida: lo habían "embarcado". Con los naturales arrestos de su juventud, no sólo había aportado Alemán el esfuerzo de su peculio sino que, además, esperaba ansioso el momento de asirse a las armas

la amistosa broma que lo había salvado de una muerte segura.

La vida que le procuraran sus compañeros, hoy muertos, le servía para arribar jubiloso a la Patria, tras el derrocamiento de la dictadura, y evocar todos sus esfuerzos como destacado revolucionario.

Por su finca "Majana", en el término pinareño de Artemisa, había introducido sin dificultad siete cargamentos de armas traídos desde Miami en aviones alquilados—siempre para viajes de placer ante las autoridades estadounidenses—que tripulaba Tomás Lingoya, cubano

(Continúa en la Pág. 127)